

FOLKLORE Y ARTESANIA

José Sánchez Ferrer



Folklore festivo

Como es conocido, a mediados del siglo pasado comenzó a hablarse en Inglaterra de una ciencia denominada «folklore». Su etimología agrupaba el significado de dos palabras «folk» (pueblo) y «lore» (saber). Se acuñaba así un término que se refiere al saber que posee el pueblo y aparecía una disciplina a la que le interesan los hábitos cotidianos, las inclinaciones, las fantasías y la vida íntima de las gentes.

Hay una relación entre saber del pueblo y espíritu del pueblo que apunta a entenderlo como una realidad que posee un alma, una conciencia colectiva y una cultura común. Lo popular es, en palabras de Luis Maldonado, como un lecho fluvial en el que se han ido sedimentando todas las grandes experiencias vitales del grupo humano. Todo se guarda y se conserva en la memoria y el sentimiento colectivos que, consciente o inconscientemente, tiene sus manifestaciones: las creencias, los mitos, las leyendas, los relatos, los romances y canciones, las artes plásticas, los sueños y las utopías, los miedos y las alegrías...

Nuestro propósito es tratar del folklore de los hombres que han vivido y viven en la provincia de Albacete, pero, obviamente, es imposible tratar de todas sus manifestaciones en el reducido espacio que disponemos. Por ello, nos centraremos en el folklore festivo porque creemos que posee suficientes elementos caracterizadores como para poder hacer la aproximación que intentamos.

Lo festivo del día de fiesta sólo es posible en cuanto excepcional. Es un día en el que los hombres se alegran, pero la alegría es, por naturaleza, algo subordinado. El motivo es lo primero, la alegría lo segundo. No puede alegrarse quien no ama, por tanto, hay que considerar la alegría como una manifestación del amor. A toda alegría festiva excitada por algo concreto antecede necesariamente un asentimiento de la bondad universal que se extiende al mundo en su conjunto. Esto lleva como consecuencia que no puede darse una afirmación del mundo más radical que la alabanza al Creador de ese mismo mundo, concretada en las personas sagradas. Por eso, la íntima relación de la fiesta con el culto, de lo sagrado con lo profano.

Las fiestas, por lo general, se celebran teniendo como fondo de referencia diferentes ámbitos cíclicos. Unas tienen carácter estacional y se hallan insertas en el ciclo solar. Otras emanan de otro ciclo, el lunar. Muchas se ajustan al ritmo biológico de la existencia humana (ritos de paso) y en algunas ocasiones son

conmemoraciones de acontecimientos históricos. Finalmente, dentro del contexto católico donde está inmersa nuestra cultura, aparecen las fiestas sacramentales, en las que se observan paralelismos con las de tránsito citadas anteriormente.

Además de ello, y de igual manera que la experiencia festiva personal tiene una tonalidad propia según sea el temperamento, carácter y fisonomía espiritual del individuo, las manifestaciones folklóricas de los pueblos toman, por su relación con un determinado marco geográfico, histórico y sociológico, una coloración especial. Al superponerse la celebración de los diferentes hitos cíclicos y la personalidad colectiva, queda trazada la compleja e intrincada red que configura el folklore de una comunidad.

Tampoco, por razón de espacio, podemos abarcar todo este panorama. Tendremos que hacer otra elección, la última.

Entre las innumerables acciones festivas albaceteñas, unas son generales o muy comunes y se realizan con fórmulas similares a las que se utilizan en contextos espaciales más amplios que los provinciales; otras, por el contrario, son más restringidas y, en algunos casos, singulares y exclusivas. Precisamente, estas prácticas diferentes son las que dan carácter propio. Trataremos de citar las más representativas de Albacete siguiendo como hilo conductor básico la celebración de los cambios de los ritmos solares.

Fiestas de invierno

El nacimiento del año se cristianiza con el nacimiento de Jesús el día 25 de diciembre. La festividad tiene un carácter familiar y aún se mantiene, en general, la costumbre de salir grupos de niños y mozos a pedir el «aguinaldo» cantando villancicos acompañándose de las tradicionales panderetas, zambombas, carracas, etc. En pueblos como La Gineta, Liétor, Nerpio y Yeste se prepara la Navidad con las «misas de gozos» que se celebran al amanecer durante la semana anterior. También previamente a la llegada del día 24, se instalan los belenes, ahora en competencia con el árbol navideño, en muchos hogares.

A las doce de la noche de la Nochebuena tiene lugar la conocida Misa del Gallo. A ella acuden los vecinos en familia y durante su desarrollo se cantan villancicos y se le ofrecen presentes al Niño. Este acto es singular en Valdeganga, en donde al finalizar la misa se representan unas escenas —la pastorela— en las que aparece la Virgen, con su Hijo en brazos, sentada en un sillón delante del altar mayor. Un coro entona villancicos y luego una serie de ángeles y pastores le ofrecen obsequios al Niño tras el recitado de unos versos. Terminada la ofrenda todos rodean a la Virgen cantando y bailando. Una de las pastoras se destaca del grupo y «baila» a Jesús. Como final, la Virgen canta para dormir al recién nacido.

También en Isso (Hellín) esta Misa tiene sabor propio. Allí, como adoración a Jesús, un grupo de danzantes, siempre hombres, ejecutan la «Danza de Iglesia». A continuación van casa por casa para bailar y recoger donativos para una misa por las ánimas del purgatorio. Ante la perspectiva de una cuantiosa limosna, bailan la misma danza que en la iglesia, pero ante una más modesta interpretan la más simple denominada «Danza del arriero». Ambas son recias, viriles y trepidantes y han sido calificadas de religioso-guerreras.

Al terminar la Navidad, en diversas poblaciones, especialmente en la zona serrana, salen las Cofradías de Animas, que recorren las calles cantando coplas y pidiendo un donativo para sufragar las misas que se ofrecerán por las ánimas. Estas acciones continuaban el 28, día de los Inocentes. En Yeste salían los «calentureros» o grupos de hombres disfrazados que se acompañaban de unos látigos con los que fustigaban a los chiquillos tratando de quitarles alguna prenda de vestir que podían rescatar a cambio de una cantidad de dinero. En El Balletero sale el Blanco o Anima Muda para recordar a las ánimas, especialmente las de los santos inocentes, y pedir por las calles para misas. Es una mascarada de invierno que tiene caracteres propios como: conseguir, sin que nadie se dé cuenta, la campanilla que acompañó a la Virgen de la Encarnación en las romerías de mayo y septiembre (requisito indispensable para poder cumplir la promesa de ser el Blanco); disfrazarse de forma que se pueda mantener el absoluto anonimato; y observar un total mutismo durante el tiempo que actúa disfrazado.

También ese día tiene lugar en varios pueblos de la Sierra y en Peñas de San Pedro el «baile de ánimas» en el que los mozos pujan para poder bailar con las muchachas preferidas.

La fecha de primero de año es muy celebrada en toda el área provincial, pero alcanza originalidad en Isso (Hellín), en donde los «danzantes» bailan sus antiguas danzas, y en Caudete, en el que se celebran los conocidos «bailes del Niño», que se remontan como mínimo al siglo XVIII. Consisten en danzas típicas en lugares públicos a los que asisten con atuendos característicos y se realizan pujas destinadas al sostenimiento de la Cofradía del Niño.

En el día de Reyes, 6 de enero, aún conserva Albacete muestras de los anteriormente arraigados y tradicionales Autos de los Reyes Magos, que, como los de Navidad, están desapareciendo en todo el país. Permanece viva la representación de Vianos, donde los Reyes recorren el camino a caballo, luciendo un vestuario de época, y recitando cada uno una composición hasta llegar a la iglesia, en la que adoran a Jesús. Hasta hace poco también se representaban en Paterna del Madera y Salobre.



Tarazona de la Mancha.
Bullicio y color
exuberantes en la
celebración del
Carnaval. ▲



Vianos. En este pueblo
serrano permanece viva
la tradición de
representar un Auto de
Reyes Magos. ◀

El día 17 de enero, San Antón, ha sido muy celebrado en toda la provincia. Su patronazgo sobre los animales propiciaba que les fueran llevados para recibir la bendición del santo. Hoy está en franca decadencia, siendo Albacete capital una de las localidades en las que todavía un crecido número de personas acuden con sus animales al Asilo de San Antón y un elevado número de devotos recogen una estampa de San Antonio a cambio de una limosna.

Entre las ofrendas más características estaba la del «gorrino de San Antón», costumbre que se mantiene en Carcelén, que era alimentado por todo el pueblo para finalmente ser subastado el día de la fiesta. También era muy común encender hogueras con carácter purificador la noche de vísperas. Así se hace aún en Alcaraz y Alpera.

En Balsa de Ves es característica la procesión que recorre diferentes calles y en la que dos filas de jóvenes, portando sobre la cabeza cestillos de pan bendito, acompañan a la imagen.

Este santo es el patrón de Villamalea y allí tiene lugar la primera representación provincial de moros y cristianos del año. Son dos encuentros que se efectúan en el traslado de la imagen desde la ermita al templo parroquial.

El mes de febrero comienza con dos celebraciones, La Purificación de la Virgen (La Candelaria) y San Blas, ampliamente extendidas en la provincia, aunque pocas localidades las conservan.

La primera, el día 2, es una festividad fundamentalmente religiosa y en general se celebraba con misa y procesión en la que era común la costumbre de portar los asistentes, en especial las mujeres, velas encendidas. Estas candelas se guardaban para encenderlas en caso de necesidad. Así se hace en Bienvenida, Casas Ibáñez y Casas de Juan Núñez cuando hay algún moribundo en la casa o en las tormentas. En La Gineta se encendía una en el momento del parto, como símbolo de buena suerte, y en Yeste, durante la procesión, las llevaban las embarazadas para pedirle a la Virgen un buen parto.

Relacionado con esta fiesta está el ofrecimiento a la Virgen de unos palomos, como conmemoración de los que San José entregó en el templo, y de una torta que será rifada o subastada entre el vecindario y que tiene particularidades: en La Gineta es un bizcocho muy grande lleno de candelas, en Alcaraz consistía en una figura de pan reproduciendo la imagen de la Virgen de Cortes.

Propio del día de San Blas, el 3 de febrero, era la bendición de roscas de pan y de cintas, para ingerirlas o colocarlas con una medalla en el cuello para que protegiesen de los males de garganta. El pueblo que más celebra la fiesta es Balazote, que lo tiene como patrón y lo festeja junto a San Ignacio, el día 1, y la Candelaria. La triple advocación origina tres emblemas festeros: «el pincho» de San Ignacio, «la bandera» de la Candelaria y «el bastón» de San Blas. Estos símbolos se consiguen, tras reñida subasta, el día 4, conocido como de «San Blasete», y se enarbolan el año siguiente encabezando la procesión y protagonizando una serie de ritos.

El comer los rollos y roscas de San Blas continúa realizándose en Casas Ibáñez. En Alcalá del Júcar, los niños, acompañados por sus madres, acuden a la iglesia y le ofrecen al santo una tortada dulce en acción de gracias por haberles sanado la garganta.

Tras estas festividades se entra en el Carnaval, del que hemos visto preámbulos en las mascaradas anteriores, que tiene fecha variable al estar en relación con el comienzo de la Cuaresma. Se festeja entre finales de febrero y primeros de marzo, siendo lo más extendido la celebración unos días antes del miércoles de ceniza.

Como prelude de los carnavales está generalizada en la provincia la costumbre de salir a merendar al campo el jueves anterior al miércoles de Ceniza, conocido como «Jueves Lardero». En la tradicional merienda no falta nunca el «hornazo» (pan relleno de salchichas, carne, chorizo, etc., con un huevo duro en la parte superior) o la «mona» (bollo con un huevo duro).

Carnaval es el período inmediatamente anterior al ayuno con que comienza la Cuaresma. En estos días impera «una violencia establecida». El descoyuntamiento del orden físico iba unido al del orden social. En este período se permiten grandes libertades y con máscaras o sin ellas las gentes se gastan bromas y burlas, a veces brutales, siempre prohibidas en otro momento.

Eran fiestas que se extendían por todo el ámbito provincial pero tras la guerra de 1936, con sus prohibiciones, se deterioraron gravemente, como en el resto del territorio nacional, estas celebraciones. Algunas comunidades lo conservaron en parte y hoy hay una tendencia a la recuperación. En numerosas poblaciones provinciales fueron famosos los grupos que componían las murgas y comparsas que, desfilando por las calles, cantaban canciones satírico-burlescas en las que frecuentemente se aludía a acontecimientos locales, costumbre que aún permanece en Molinicos. Los carnavales más significativos son los de Tarazona de la Mancha, donde salen las conocidas «charangas», y los de Villarrobledo.

Entre los ritos de expulsión de males practicados en este tiempo estaban los de colgar y mantear muñecos. Pueden provenir de época romana y de la tradición de considerar que los espíritus de los muertos andaban libres por esos días y que al encontrarse con esas figuras no entraban en las casas. Los encontramos en Alcaraz: el «miércoles de paja» se manteea un muñeco de paja hasta que se deshace; Letur y Lezuza, donde los peleles recibían los nombres de «Periboto» y «Miercol», respectivamente. En La Gineta y El Salobre salía un personaje gracioso que portaba un palo con un higo colgando en la punta de una cuerda que trataban de arrebatarse con la boca los chiquillos. En muchos pueblos —entre ellos Hoya

Hellín. Incesante recorrido por el Rabal de centenares de cofrades tocando los tambores. ►



Gonzalo y La Gila— se depositaban sacos de harina en el centro de la plaza, que se arrojaban hombres y mujeres hasta quedar todos completamente blancos.

En algunas localidades, Pozohondo y Hellín por ejemplo, existe la costumbre particular, conocida como «San Reventón», de cenar opulentamente la noche anterior al Miércoles de Ceniza, siendo de obligación la consumición de las «fritillas» y el chocolate.

La Cuaresma, época de sacrificios y penitencias, se caracteriza por las escasas celebraciones festivas. Chinchilla se distingue del resto por los desfiles que todos sus viernes, hacia las once de la noche, hace un grupo de hombres tocando gigantescas bocinas de tres metros de largo y forma cónica, que se transportan sobre ruedas.

La fiesta más importante, y ya como transición hacia la primavera, es la de San José, 19 de marzo, que ostenta el patronazgo de pueblos como Casas de Lázaro, Molinicos y Ontur.

En Ontur y Albatana se celebra, con el fin de la Cuaresma, el «domingo de los cinco panes», con una merienda en el campo, donde se consume el típico «hornazo» .

Fiestas de primavera

Nada más comenzar el ciclo aparece la Semana Santa y en toda la provincia se suceden representaciones, procesiones y actos religiosos. Entre ellos hay manifestaciones de gran personalidad. Las más famosas son las «tamboradas» de Hellín y Tobarra.

En la primera están más regladas y las hermandades siguen un programa fijado. La tamborada más importante es la que comienza el Jueves Santo, tras la procesión del silencio. Miles de tamborileros, en hileras, pasean arriba y abajo del Rabal golpeando sus tambores hasta el mediodía del Viernes Santo.

En Tobarra se toca más por libre y prácticamente a lo largo de todos los días de la Semana. Allí es muy emotiva la bendición que el Viernes Santo por la mañana imparte una imagen articulada de Cristo Nazareno en el «Monte Calvario». Una inmensa multitud arrodillada, en la que se ha hecho un silencio reverencial, espera el gesto. Tras él, todos los tambores rompen en un estruendo ensordecedor.

Hay varios pueblos que en alguno de estos días tienen representaciones pasionales que recuerdan los antiguos Autos de la Pasión. De cierta antigüedad, data de 1878, es la de Albatana, que está versificada y consta de las escenas del prendimiento, pasión y muerte de Jesús. Otra de este tipo se hace en Pozohondo, que comenzó representándose al aire libre y hoy se celebra en un local cerrado.

Tras los vía crucis, penitencias y tristezas de Viernes Santo irrumpe la Resurrección con un folklore jubiloso. La gente de Alcaraz y El Robledo acude al campo el Sábado de Gloria para coger manojos de trigo y hacer con ellos unas cruces con las que se sienten protegidos del diablo. Son populares las «albricias» u objetos, generalmente vegetales, que ofrecen los mozos, especialmente los quintos, a la Virgen y a sus novias. Son conocidas las de Casas Ibáñez y Casas de Ves, que por estos días celebra sus fiestas mayores en honor de la Virgen de la Encarnación.

La generalizada procesión del Encuentro tiene en Bogarra una particular interpretación: «El Resucitá» —imagen del Niño Jesús— es raptado el Sábado de Gloria por la noche para ser conducido a las diferentes aldeas cercanas. A su paso, las gentes cubren la imagen con flores y plantas de trigo y cebada y obsequian a los porteadores. Luego regresan y, hacia las nueve de la mañana, se produce en las afueras de la población el encuentro con la Virgen.

La aparición y la destrucción, en el Domingo de Resurrección, de los muñecos denominados «judas» —por encarnar al apóstol traidor— es práctica muy común en España y frecuente en la provincia. En La Gineta y Minaya se colgaban en los balcones de las casas, en Jorquera se colocaban sentados en los balcones, en Valdeganga se confeccionaban uno con forma de hombre y otro con la de mujer.

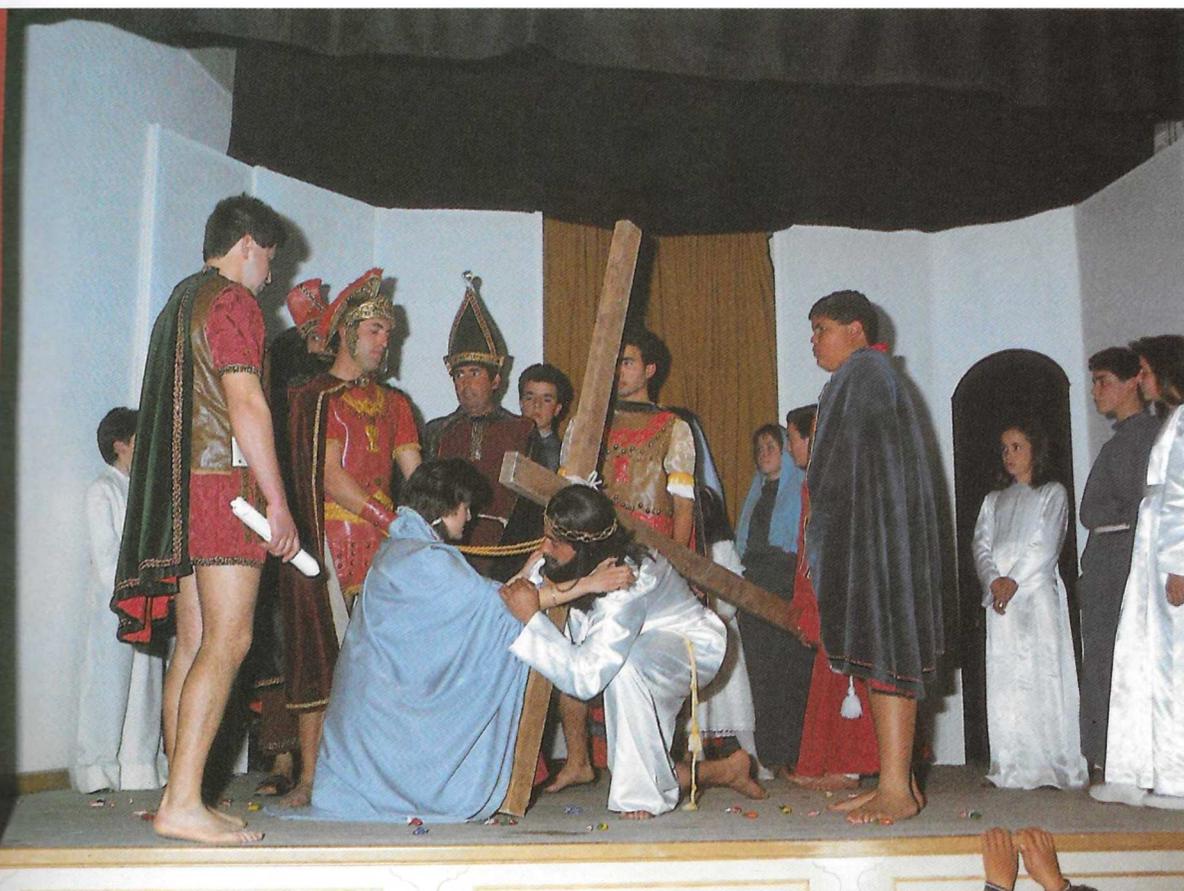
En ese día se suele salir de merienda al campo y consumir los tradicionales «hornazos» o «monas».

El 23 de abril la Iglesia venera a San Jorge, santo militar de devoción poco extendida en las tierras albaceteñas. No obstante, dos pueblos, Golosalvo y Madrigueras, celebran en su honor Fiestas Mayores. Más popularidad tiene San Marcos, se conmemora dos días después, con salidas al campo como en El Balletero, Montealegre del Castillo y en Fuenteálamo, donde se prolonga al día siguiente con «San Marquitos». En Montalvos son varios los días en honor de este santo; allí, cada día de fiesta recibe una denominación: el 25, San Marcos (es el día más importante, se bendicen los campos, se reparten los «rollos del santo» y se obsequia con «cuerva»), el 26, «San Marquitos» y el 27, «San Marquete».

Con la llegada del mes de mayo, el culto a la vegetación y al amor, propios del ciclo, experimentan un gran aumento. La Iglesia ha tratado de cristianizar las costumbres paganas de este mes dedicándolo a la Virgen y celebrando otras fiestas significativas.

Las manifestaciones albaceteñas más importantes son los «mayos», las enramadas y las plantaciones de árboles. Todas dedicadas a la Virgen, preferentemente, y a las jóvenes solteras.

Lo más característico es cantar los «mayos» —canciones de amor— a la Virgen, costumbre que, aunque ha desaparecido en muchos sitios, se mantiene viva en numerosos pueblos. La noche del 30 de abril y el día primero de mayo son los que aglutinan estos actos. Se celebran en Alcaraz (el 30 ante la



Tobarra. Horas y horas sin dejar de tocar el tambor. ▲

Albatana. Escenificación de un Auto de la Pasión con un texto de hace más de cien años. ◀



gótica puerta de la iglesia de La Trinidad y el 1 en el Santuario de Cortes), Cenizate, La Herrera, La Roda, Bienservida (se saca a la Virgen de Turruchel muy engalanada a la puerta de la iglesia para que los escuche), Fuensanta (se les cantan a varios santos), etcétera.

En otras localidades, además de cantar los «mayos» a la Virgen, los mozos rondan a las chicas y les colocan enramadas en las ventanas o «pintan el ramo» con almagre en las fachadas de sus casas. Así ocurre en Casas Ibáñez, Valdeganga, Munera, Tarazona de la Mancha...

Otra manifestación folklórica generalizada en nuestro ámbito era la conmemoración de la Santa Cruz el 3 de mayo. Con ella se trataba de cristianizar el comienzo del festivo mayo pagano. El acto básico consistía en rendir adoración a una cruz que se iba cubriendo con ramas y flores. En Peñas de San Pedro se tenía mucha devoción a la Cruz de Mayo hasta bien entrado el siglo XVIII, en el que fue siendo sustituida por la del Cristo del Sahúco. También se ha perdido la costumbre de vestir cruces en Alcaraz, Nerpio, Povedilla, Salobre, Vianos y Villaverde del Guadalimar. Sigue siendo un día importante en Alpera, donde se celebran fiestas mayores y en la que se inundan con muchas docenas de flores las andas en las que se porta la cruz durante la procesión.

En muchos sitios se «bañaba» la cruz, rito directamente relacionado con las rogativas por la lluvia, así en Ayna, Villaverde, Letur, Liétor, Peñas... y Socovos, donde se sigue realizando. En Corral Rubio se mantiene la tradición, antes bastante extendida en estas tierras, de salir al campo y pintar cruces con cal en los bancales como propiciación de una buena cosecha. Los niños también son protagonistas en Hellín y Pozohondo, portando en andas cruces adornadas y pidiendo donativos por donde pasan.

A lo largo de este mes y de la Pascua de Pentecostés, en toda la provincia se celebran múltiples fiestas y romerías, de Vírgenes predominantemente, con finalidad de rogativas. En nuestras tierras, casi siempre sedientas, se pide insistente y, a veces, desesperadamente la lluvia en esta época del año.

El primero de mayo tiene lugar la romería que lleva la Virgen del Carmen de Alborea a Villatoya y la Virgen de los Remedios de ésta a la primera; un mes más tarde, en otra romería, se devuelven las imágenes. En Lezuza celebran fiestas y romería en honor de Nuestra Señora de la Cruz. Una de las más importantes es la de la Virgen de los Remedios, que se lleva desde su ermita en Fuensanta a La Roda. También se hacen en El Bonillo, Casas Ibáñez, Viveros, El Ballestero-Villalgordo y otros pueblos.

El día 15 se rinde culto a San Isidro, uno de los santos que todos los pueblos albaceteños honran, poniendo de manifiesto la devoción que a él tiene el mundo agrícola, que hay que relacionar con la trascendencia climatológica que tiene este mes. Su popularidad ha descendido enormemente desde hace unos años, pero siguen festejándolo en muchos sitios de diversas formas, como misas, procesiones de bendición de los campos y concursos de arada. Son especialmente significativas en Alcadozo, que celebra sus fiestas.

En este mes tiene lugar las fiestas mayores de Almansa en honor a la Virgen de Belén. En ellas, y en cualquier otra en la que figure esta imagen, aparece una singular figura, el *Vitorero*, que conmemora el acontecimiento histórico de la batalla de Almansa que ocurrió en 1707 y que fue un hecho bélico importante de la guerra de Sucesión. El Vitorero, cuyo derecho se ha ido transmitiendo a sus descendientes primogénitos, precede siempre a las comitivas lanzando vítores a la Virgen y va ataviado con el vistoso uniforme de los soldados austríacos que participaron en la contienda.

El lunes de Pentecostés se realiza en Peñas de San Pedro una de las romerías más originales de Albacete. En las primeras horas de la tarde, «parejas» (con cuatro personas) de mozos trasladan a hombros la imagen del Cristo del Sahúco, introducida en una caja, desde su ermita en El Sahúco hasta la hermosa iglesia parroquial de Peñas, en una dura carrera de casi catorce kilómetros en la que solamente se hacen tres paradas. El blanco atuendo de los jóvenes —pantalones, camisa y deportivas— emula al constituido por calzoncillos pulgueros, camisetas y alpargatas que llevaban los que, según el antiguo mito de origen de la costumbre, impidieron en plena noche el rapto de la imagen por gente de un pueblo vecino.

Muy interesantes y antiguos (existen desde antes de 1767) son los encuentros de moros y cristianos (fiestas de trasfondo histórico que tienen vigencia en diferentes lugares de la provincia) que se producen en Jorquera, dentro de las fiestas en honor de la Virgen de Cubas. La imagen se lleva a Jorquera el penúltimo domingo de abril y el 22 de mayo tiene lugar la segunda romería, que la devuelve a su santuario. Durante su trayecto se desarrollan los dos alardes, composiciones poéticas de amor hacia la Virgen, en los que ambos bandos se disputan la posesión de la imagen, que finalmente queda en manos de los cristianos, tras vencer éstos en la segunda batalla gracias a la intervención mariana. Después, todos se dirigen al pueblo montados a caballo.

Hacia finales de mayo o principios de junio tiene lugar la festividad del Corpus Christi. Esta fiesta religiosa sacramental, de medievales orígenes, con el paso de los siglos ha ido configurándose y adquiriendo en todas las comunidades unos caracteres comunes que, lógicamente, también se adoptaron en nuestra zona. No obstante, algunas poblaciones, además de las generales (adornos de calles con arcos de flores, colgaduras en los balcones, altares en calles y plazas, etc.), presentan características particulares. Así ocurría en Alcalá del Júcar, en donde se ha perdido el bello espectáculo que ofrecía la enorme custodia de teas que se prendían fuego al oscurecer el día de la víspera, y en Casas de Lázaro, donde se escenificaba una especie de auto sacramental eucarístico, tradición igualmente perdida.

Almansa. Un hecho histórico ha sido transformado por la tradición popular, a través del Vitorero, en una continua aclamación a la
◀ *Virgen de Belén.*

Hoy son interesantes el Corpus de Ayna (la custodia es llevada en procesión por calles tapizadas de mejorana y tomillo en las que se han levantado artísticos altares) y, sobre todo, el de Elche de la Sierra. En este pueblo, desde hace unos 30 años, se alfombran las calles por donde pasa la procesión con alfombras de serrín y virutas que se han teñido de colores. Los diseños son variados, con abundancia de motivos florales y alegorías relacionadas con la Eucaristía.

Fiestas de verano

El ciclo estival comienza con la llegada del solsticio de verano y la primera celebración es la del 24 de junio, San Juan Bautista. Es una fiesta antigua que, aunque cristianizada, mantiene los ritos ancestrales y paganos y que se encuentra muy extendida por toda Europa. Las múltiples creencias de este día y, sobre todo, de su noche, llena de sortilegios y embrujos, están relacionadas en su mayoría con el agua, el fuego y la vegetación.

En el folklore provincial, una de las costumbres más difundidas es la colocación por los mozos de enamadas, generalmente de árboles frutales, con un mensaje amoroso. Así en Alcaraz, Férez, Riópar, Robledo, El Salobre, Bogarra... A veces, en Ossa de Montiel, por ejemplo, pintan en las fachadas de las casas de las jóvenes ramos acompañados de versos. Era común completar estos ritos con rondas nocturnas a las chicas.

Relacionadas con el agua existían numerosas tradiciones. En Abengibre acudían las jóvenes antes de salir el sol a las fuentes de debajo de la «piedra encantada» para lavarse la cara —así conservaban la hermosura— y luego iban a los sembrados para frotarse el pelo con cáñamo —creían que por ello les crecía más rápidamente—. En Balazote, mozos y mozas se lavaban la cara por la mañana con agua guardada toda la noche para evitar las arrugas del rostro. En Alpera, las chicas derramaban agua a la puerta de su casa con la creencia de que se enamorarían del primer chico que la pisase.

La costumbre de encender hogueras aparece sistemáticamente en la noche de San Juan en casi toda la provincia, tomando carácter purificador o curativo el saltar las llamas. Otras creencias son las fórmulas adivinatorias de amor y las curativas. Con respecto a las primeras, en El Salobre, por ejemplo, las muchachas cernían ceniza sobre el suelo; el dibujo que hubiese adquirido a la mañana siguiente les indicaba cómo sería el muchacho con quien se casarían.

Localidades que celebran fiestas patronales en esta fecha son la capital, Pozo Hondo —en donde hasta hace pocos años se bailaba por hombres la danza sagrada o del zángano— y Pozocañada, en la que también es festivo el día siguiente, San Juanete, y en el que tiene lugar una función de moros y cristianos.

A lo largo del verano se multiplican las fiestas en Albacete. Son minoría los pueblos que no tienen en esta época los festejos mayores, que ahora poseen el carácter de fiestas de cosecha o de acción de gracias. Están agrupadas en torno a advocaciones, generalizadas o no, que se conmemoran en fechas estivales, ocurriendo en su mayoría en agosto o primera quincena de septiembre (cuando se han terminado las faenas agrícolas del ciclo y antes de comenzarlas nuevamente). El concepto de fiesta de cosecha encierra en sí el de feria y mercado y a todo ello se asocian los de fiesta patronal y romería. Son la modalidad cristianizada de los breves períodos de júbilo consagrados a celebrar la recolección. En ellos, como dice Caro Baroja, el campesino se lanza a los mayores dispendios, a los excesos en el comer y el beber, a lucir prendas nuevas, etcétera.

El día de San Lorenzo, 10 de agosto, se traslada la imagen del santo desde su ermita a Alcalá del Júcar, entrando en la población a oscuras (particularidad que tienen varios pueblos de la provincia) y sólo al resplandor de los fuegos artificiales que se disparan a su paso. También destaca por algo parecido la inusitada romería que se celebra en Yeste el 23 de agosto en honor de San Bartolomé. El santo es trasladado a hombros por los romeros a la luz de cientos de hogueras que se encienden en el monte.

En la Asunción, el 15, se realiza una emotiva romería de la Virgen de la Consolación en Montealegre del Castillo. En Tobarra y en Barrax aparecen asociados los festejos de la Asunción de la Virgen y San Roque. En el segundo se les une «San Roquillo». En este pueblo existe una muestra folklórica tradicional, singular y espectacular en esos días: son los denominados «toros de fuego», que ya se practicaban a principios del siglo pasado. Varios hombres portan estructuras de madera y cartón asemejando toros en las que se montan carretillas, bengalas y cohetes. Los «toros» se enzarzan en encarnizados combates de fuegos artificiales, en los que toman parte activa buena parte de la población, provocando sustos, carreras y alguna quemadura al gentío. Los hombres que portan el llameante artilugio tienen que llevar las ropas mojadas para no arder y la cabeza y la cara cubiertas con pasamontañas para protegerlas.

El 24 del mismo mes es en Bienservida donde tiene lugar la interesante romería de la Virgen de Turruchel. Al día siguiente comienzan las fiestas centrales en torno a la Virgen de Cortes, la advocación de



Jorquera. La imagen de la Virgen de Cubas es llevada desde su ermita, en Cubas, al pueblo. Allí se celebran fiestas en su honor. ▲

Peñas de San Pedro. Los mozos trasladan sobre sus hombros la imagen, introducida en una caja, del Cristo del Sáhúco en una carrera de más de trece kilómetros. ◀

mayor devoción en la provincia y que llega a amplias zonas limítrofes de las vecinas, teniendo su santuario la consideración de regional. En esa jornada se lleva a la Virgen desde su ermita al templo de la Santísima Trinidad de Alcaraz, en un traslado en el que se cambian los ritmos de marcha y se llegan a efectuar, en distintos momentos del recorrido, tres carreras con la imagen. Al anochecer entra en la población, queda entronizada en la parroquia y dan comienzo las fiestas mayores del pueblo.

El 8 de septiembre es una fecha especial en el calendario festero de Albacete. En ella se celebran romerías marianas muy importantes.

Se lleva a cabo la manifestación religiosa más multitudinaria de la provincia a la que asisten devotos de la Sierra albaceteña, La Mancha, Murcia y Andalucía. Durante la noche anterior y a lo largo de todo el día no dejan de llegar romeros a Alcaraz para acompañar a Nuestra Señora de Cortes en su regreso al santuario. Otros muchos miles de personas prefieren esperarla en la ermita. Al alba sale la imagen de la población, recorriendo con dificultad un camino abarrotado de fieles. Cuando llega al santuario, la muchedumbre es inmensa (algunos años se han calculado más de sesenta mil personas). Interminables filas de creyentes esperan pacientemente el turno para depositar los donativos ofrecidos y encender las tradicionales velas.

También ese día se celebran romerías en Alborea, en honor de la Virgen de la Natividad (allí se ejecutaba el interesante y recientemente desaparecido baile de «la valsoriana»), en Ayna, donde se traslada a Nuestra Señora de lo Alto, y en Munera, localidad en la que se lleva la imagen de la Virgen de la Fuente desde su ermita a la iglesia parroquial. En el traslado de esta última se sigue una costumbre ancestral, ya que, a pesar de los puentes existentes, se cruza por el vado que hay en la confluencia de los ríos Córcoles y Cejuelo. Romeros voluntarios cogen las andas y atraviesan la corriente con agua hasta las rodillas.

Igualmente en esta significativa fecha acaece otra romería señalada, la de la Patrona de Fuensanta y La Roda, Nuestra Señora de los Remedios (conocida también como Virgen de la Fuensanta), que siempre ha congregado a una gran multitud de fieles, que, en otros tiempos, exteriorizaba su júbilo por tener guardada la cosecha; mucha gente se bañaba y bebía agua en la fuente donde se apareció la Virgen y hacía ofrendas en especie. Esta segunda tradición se conserva, y numerosas personas, en acción de gracias por algún favor recibido, entregan su peso en trigo, cálculo que se hace en la gran balanza que se construyó para ello en 1647.

Con idéntica data, tras la tradicional cabalgata de apertura de la tarde anterior, se inicia en la capital su importante Feria bajo el patrocinio de la Virgen de los Llanos. Tiene verdadera importancia regional, es la feria de la provincia y se convierte en jalón que marca el tiempo para las gentes comarcanas. Posee antecedentes medievales, pero su carácter lo adquiere en el siglo xvii, en el que aparece relacionada con el culto a la Virgen de los Llanos y ligada a la romería que se hacía el 8 de septiembre al paraje de los Llanos. Su importancia se incrementó a partir de 1672 con la fundación de un convento de franciscanos adosado a la ermita. En 1710, Felipe V concedió feria franca y el concejo albacetense quiso trasladarla a la población, lo que consiguió tras un largo pleito con los frailes. En 1783 se construyó el actual edificio ferial, estableciéndose definitivamente en Albacete. Constituyó uno de los pilares del resurgir económico albacetense de finales del siglo xviii y principios del xix. Hoy ha decaído enormemente su carácter comercial y se ha incrementado el lúdico, destacando sus corridas de toros y «las noches de la feria».

También en los primeros días de septiembre se celebran en Caudete los encuentros de moros y cristianos más importantes de la región, aunque están muy relacionados con tradiciones similares del País Valenciano. El escenario de la representación es un castillo, donde se desarrolla la acción en la que participan muchos caudetanos, que encarnan a personajes históricos o interpretan el papel de soldados. Todos recitan los denominados «Episodios caudetanos», que parece ser que datan de finales del siglo xvi, aunque los textos actuales pertenecen a una adaptación de 1907. En ellos se narra la historia de la Virgen de Gracia en tres actos, que finalizan con la expulsión de los moros y el hallazgo de la Virgen escondida. Junto a la escenificación son básicos y espectaculares los desfiles de las comparsas por la ciudad y el ruedo de las banderas.

Además de las numerosas devociones marianas, son frecuentes las evocaciones a Cristo crucificado, como el Cristo de las Eras en Carcelén —se celebra una popular carrera de antorchas—, al Cristo de la Salud de Casas Ibáñez, al Cristo de La Gineta... El 28 de agosto se devuelve la imagen del Cristo del Sahúco a su ermita, en una carrera más impresionante que la anterior y ante una enorme muchedumbre de fieles. El 14 de septiembre se celebra una de las dos romerías del Cristo de los Milagros de El Bonillo, imagen venerada desde 1640. Con este motivo se rezan en este pueblo unas características novenas en las que durante las nueve noches se encienden luminarias en las puertas de las casas, que pandillas de jóvenes saltan mientras las campanas repican.

Una tradición que refleja un aspecto peculiar de gran parte de la provincia es la de los festejos taurinos. «La vaca» es un elemento folklórico fundamental de un abundante número de nuestros pueblos y, en especial, de los de la Sierra. Las «entradas», «encierros», «capeas» y «corridas», junto a los rituales religiosos, son la base de sus calendarios festeros. Los más renombrados son los de Alcaraz, Vianos, Peñascosa, Paterna del Madera, Bogarra, Yeste, Socovos, Ayna, Elche de la Sierra, Letur, Liétor, Férrez... En este último se cierra la única entrada del pueblo con carros y tablones y se sueltan las vacas por las



Caudete. En los primeros días de septiembre se celebran los ancestrales «Episodios caudetanos». ▲

Caudete. El ruedo de banderas es uno de los ritos más espectaculares de las fiestas en honor a la Virgen de Gracia. ◀



Ossa de Montiel. Los pastoriles «bailes de garrote» ante la iglesia parroquial. ▲



Yeste. En este pueblo —como en otros muchos de la provincia, especialmente los serranos— la «vaca» es uno de los aspectos esenciales de sus fiestas. ►

calles. No se sabe nunca por dónde van a llegar las reses, y pueden hacerlo por varios sitios al mismo tiempo, lo que produce una tensión y excitación enormes en la gente.

Con San Miguel, el 28 de septiembre, se cierran las fiestas veraniegas y dan comienzo las del ciclo de otoño. Varios pueblos celebraban sus fiestas mayores en estas jornadas, pero la climatología de la época y el deseo de los muchos hijos del pueblo emigrados, que pasan sus vacaciones en ellos, han hecho que se trasladen a las mismas fechas, pero en agosto. Así ocurre en Paterna del Madera, Ossa de Montiel (donde eran característicos los «bailes del garrote» a la puerta de la iglesia) y Peñascosa. Se mantienen en su día las de Abengibre y Corral Rubio .

Fiestas de otoño

En un marco agrícola tan extensivo como el de La Mancha albacetense, con claros desequilibrios entre la propiedad de la tierra, necesariamente tenía que desarrollarse un cultivo «social» que amortiguara la conflictividad. Este papel lo ha desempeñado tradicionalmente el azafrán, que así adquirió tanta rai-gambre popular como para que se crearan unos elementos folklóricos específicos. En los inicios de octubre y en pueblos manchegos, como Pozuelo, La Herrera, Barrax, Santa Ana, La Roda, etc., se comenzaba la recogida de la rosa. Tras la tempranera recolección de las flores de cada mañana, los grupos de «roseras» se reunían para la «monda». A la hora de la merienda empezaban los cantos y adivinanzas con doble sentido, que eran motivo de jolgorio. Los mozos iban de casa en casa para ver a las jóvenes, cantándoles chascarrillos, deseosos de que terminaran para «armar» el baile de final de cosecha.

La primera festividad religiosa relevante es la de la Virgen del Rosario. Aunque los orígenes pueden remontarse al siglo XII, fue en 1571 cuando se instituyó la fiesta. A lo largo de los siglos XVII y XVIII se extendió sobremanera esta devoción, y en España lo hizo hasta el punto, que prácticamente en todas las villas y ciudades se fundaron cofradías del Santo Rosario, cuya finalidad esencial era propiciar esta práctica, teniendo especial auge el denominado de la aurora. Los pueblos de la actual provincia de Albacete participaron de la tónica general y en diversos puntos de su geografía persisten los «auroros» o Hermanos de la Aurora, grupos de hombres que en la madrugada de los domingos de octubre cantan las coplas de la Aurora en Chinchilla, Pozocañada, Villar de Chinchilla, Peñas de San Pedro (seguramente los más representativos), Pozohondo, Bonete y, hasta hace poco, Pétrola.

Noviembre comienza con una marcada dedicación a los difuntos con las festividades de Todos los Santos y Día de los Difuntos. Las manifestaciones folklóricas consisten en ritos relacionados con el sufragio por las almas en pena y relatos y bromas escalofriantes sobre ellas, que, en general, se han ido perdiendo, con la excepción de la visita a los cementerios, rezos y asistencia a actos religiosos por los propios difuntos. Estaba extendida la costumbre de pedir por las ánimas y repartir lo recogido entre los pobres, tradición que hasta hace poco aún estaba vigente en Corral Rubio y Pozuelo.

Toda una gastronomía específica rodea estas conmemoraciones y en las ya frescas noches comienzan a reunirse familia y amigos en torno a la lumbre, en la que asan castañas y patatas, en un ambiente que preludia la llegada del invierno.

Tras la difundida y poco característica festividad de la Inmaculada Concepción, se llega a la de Santa Lucía, que tiene cierto interés en la provincia. Cuando pasa vuelve a comenzar el ciclo festivo anual.

Artesanía

La artesanía es otro reflejo de la personalidad de una tierra y de unas gentes. Siempre ha estado íntimamente relacionada con unas determinadas formas de vida, en las que ha cubierto necesidades materiales concretas, y con las características físicas de un entorno.

La provincia de Albacete ha sido variada en las manifestaciones artesanas; hoy muchas de ellas han desaparecido y otras están a punto de hacerlo. No obstante, aún queda un conjunto de gran interés y, en algunos casos, de gran originalidad y carácter. La reducida extensión del capítulo nos impone que escribamos sobre las más propias y significativas y no mencionemos siquiera las otras.

Las tierras de Albacete se dividen entre el llano y el monte, a veces sorprendentemente abrupto. La población ha orientado sus formas de producción hacia la agricultura y la ganadería y ambas han constituido las actividades económicas tradicionales esenciales. Sus productos básicos a lo largo de la historia siempre han sido los cereales, la vid y el ganado ovino; en la zona serrana, además, los forestales.

En la llanura, junto a la harina y el azafrán, la uva, que da lugar a otro producto entrañable de esta tierra: el vino. En la sierra, madera, resina y olorosas esencias. Espiga y bota, barro y lana, queso y taco de jamón, la navaja y una flor violácea, la del azafrán, son marcas de identidad de lo albaceteño.

Con todo ello estará relacionada su artesanía.

Cuchillos, navajas y tijeras

Pocas veces la imagen de una comunidad está tan ligada a un producto artesanal y tan representada por él como la ciudad de Albacete por la navaja, y muchos son los escritores, locales y foráneos, que se han hecho eco de esta indisoluble unión.

Hasta hace una docena de años todavía salían los navajeros, con el enorme muestrario alrededor de la faja, a los trenes y autobuses para ofrecer las navajas a los viajeros. Hoy ha desaparecido esta imagen ancestral de nuestras estaciones.

Tal es la fuerza del emblema, que aún se mantiene la tradición entre los albacetenses de no regalar la navaja a un amigo, sino de vendérsela, a cambio de un precio simbólico, porque de no hacerlo así se «cortaría» la amistad.

Algunos autores, como Hermosillo Parrilla, en 1756, y Merino Alvarez, en 1915, han afirmado, sin indicar las fuentes en las que se han basado, que algunas localidades de la provincia (Albacete, Chinchilla y El Bonillo) heredaron de los musulmanes la fabricación de armas blancas cortas. Algunos indicios documentales parecen corroborar que esto ocurrió así muy probablemente.

La actividad se desarrolló fundamentalmente en Albacete, y sobre ella trataremos. Las primeras noticias que conocemos proceden del siglo xv y, aunque son escasas, dan la impresión de que por entonces no tenía aún una especial relevancia. Del siglo xvi conocemos, igualmente, pocas referencias, pero éstas pueden indicar ya cierto desarrollo y de esta centuria son los ejemplares más antiguos de los que tenemos constancia: unas pinzas de 1573 realizadas por un maestro llamado Torres y unas tijeras de la colección que perteneció a Rico y Sinobas.

De la decimoséptima centuria tenemos más noticias y se conservan numerosas piezas, lo que parece significar que por entonces Albacete ya contaba con una considerable manufactura de cuchillos, espadas, navajas y tijeras. Los talleres, según varias referencias, estaban situados en el norte de la población, en el arrabal de San Antón. Maestros de este período fueron Torres, Blas Martínez, José de Arias, Matheo Gómez, Pedro Vicen Pérez (que se titulaba artífice de Carlos III), Antonio Ximénez y Joseph Alcaraz, autor de una singular «navaja-dinamómetro», fechada en 1697.

Los testimonios documentales y las obras del siglo xviii ya son abundantes. Es, sin duda, una época esplendorosa de la cuchillería albacetense. Según Martínez del Peral, son Albacete y Solsona los únicos centros que mantienen, al menos hasta mediados de la centuria, un alto nivel de desarrollo productivo y artístico en un siglo en el que los gremios, los de cuchillería entre ellos, empezaban la decadencia, y poblaciones renombradas en esta actividad, como Toledo, estaban en aguda crisis. Se conocen los nombres de muchos maestros como: Domingo Cebrián, Julián Vicen, Pedro Díaz, León, Castellanos el Viejo, Arcos, Romero, Juan Sierra, Garijo (probablemente cuchillero real), Castellanos el Mozo y Vigatri.

En el siglo xix son numerosos y unánimes los datos que indican que la cuchillería albacetense es conocida en toda España. En este sentido se manifiestan todos los informes económicos, manuales, diccionarios y libros de viajeros de este tiempo. No podemos hacer referencia a todos ellos, y sólo citaremos a Miguel Artola, que —al referirse a las producciones que tenían un mercado de cierta amplitud nacional— menciona los 50 talleres de navajas y cuchillos de Albacete.

Hay que destacar dos características significativas en ese siglo. Por un lado, la indiscutible celebridad que había alcanzado la cuchillería albacetense; por otro, la nula referencia que se observa en todas las fuentes con respecto a las tijeras, lo que coincide con la escasez de piezas conservadas. Esto nos hace pensar que estas obras maestras de nuestra artesanía apenas se fabricaron a partir de principios de la centuria.

En las primeras décadas de nuestro siglo, la cuchillería tuvo dificultades para colocar sus productos porque sus precios comenzaron a ser poco competitivos. No obstante —seguimos a Carlos Panadero—, en 1906 existían 53 fábricas y talleres dedicados a esta actividad, siendo los más destacados los de Justo Arcos, López y Compañía, Sánchez Hermanos, Joaquín Zafrilla y La Industria. Algunas ya con la incorporación del motor eléctrico.

Sánchez Sánchez indica que en 1930 las 14 mayores empresas cuchilleras ocupaban a 434 obreros y que ocho superaban las 100 docenas de piezas semanales, alcanzando cuatro de ellas la producción de 150 docenas de navajas cada semana. La capacidad total de todo el conjunto era de 62.000 docenas anuales, pero la escasez de la demanda reducía la producción a unas 40.000.

Tras la guerra civil, volvieron a las actividades aproximadamente el mismo número de fábricas y talleres que existían anteriormente, pero con un predominio mayor de las industrias familiares, que trabajaban con medios completamente artesanos. En la época de los años cincuenta, en pleno aislamiento español, apareció una crisis que se puso claramente de manifiesto entre 1955 y 1959: tan sólo tres talleres pasaban de diez obreros y uno tenía más de quince. Surgieron y se multiplicaron los almacenistas que se dedicaban a facilitar material a los pequeños talleres y a comprarles la producción, compitiendo así ventajosamente con las fábricas al no tener gastos sociales.

Se implantó un sistema, en parte semejante al que se estableció en la protoindustrialización de los



Albacete. Magníficas tijeras de escribanía elaboradas en 1770. Colección particular. ▲

Albacete. Singular navaja-dinamómetro obrada en 1697. ◀ Colección particular.



Albacete. Tipología de sus navajas (de arriba a abajo y de izquierda a derecha): de anilla, tranchete, de fieles, machete, punta cortada, sevillana, jerezana, pastora, cabritera, de Albacete, lengua de vaca o capaora, punta de espada, estilete y bandolera. (Museo de Albacete. Artesanos: Hermanos Expósito). ▶▶





siglos XVI y XVII, en el que los artesanos se convertían en asalariados pero sin comportar al empresario ninguna responsabilidad legal en sentido laboral. Los pequeños talleres, para abaratar la producción, realizaban un trabajo a domicilio, especializado en una fase determinada de la elaboración, a base de métodos artesanales, que se completaba con la concentración de las piezas en determinados obradores para su montaje y acabado.

El desarrollo de tres o cuatro empresas, favorecido por la Feria Nacional de Cuchillería de 1965, dio impulso a esta industria, que inició la búsqueda de nuevos mercados. En 1971, unos 100 pequeños talleres trabajaban en conexión con las cinco firmas destacadas (cuatro de Albacete y una de Madrigueras) que dirigían el proceso.

En 1975 había 74 empresas cuchilleras, siendo 39 de tipo familiar. Las fábricas consiguieron una gran expansión, alcanzando una producción de más de cinco millones y medio de unidades, de las que se exportaban al extranjero una pequeña parte, que alcanzaba el 1,5 por 100 del valor total.

La modernización de los últimos años, en cuyo ritmo de implantación han existido alteraciones motivadas por causas de diversa índole, ha dado como consecuencia una clara polarización en empresas —con neto carácter fabril y producción en serie de navajas, cuchillos y cuberterías— y en talleres, pocos y quizá ya en fase residual, que continúan con procedimientos artesanales y que siguen siendo los creadores de las piezas que han dado prestigio a la cuchillería albacetense, entre los que destaca el de los hermanos Expósito.

El proceso de elaboración de una navaja artesana es complejo y está constituido por unas 80 operaciones. A lo largo de él hay fases especialmente importantes para conseguir una obra de calidad, y entre ellas destaca, quizás, el temple, la clave de la bondad de la navaja albaceteña. Antiguamente «se solía hacer de noche, en el taller escasamente iluminado por el resplandor del fogón para percibir así el grado de calentamiento, cuando no soplaban vientos fríos. El tiempo de inmersión en el agua era hábilmente calculado, utilizando a veces para su regulación el recitado de fórmulas y oraciones...».

Aunque hay variedad en la tipología de las piezas que se labraban, podemos considerar que las que han caracterizado a nuestros talleres han sido navajas y tijeras. Muchos de estos ejemplares forman parte de diferentes colecciones. Destacan:

— Los fondos pertenecientes a los museos: Arqueológico Nacional, Pueblo Español, Nacional de Artes Decorativas, Instituto Valencia de Don Juan y Lázaro Galdiano, en Madrid; Metropolitano en Nueva York, y el de Albacete.

— Las muy importantes colecciones particulares de los señores Martínez del Peral, Donoso Cortés y Vico Monteoliva.

Trataremos brevemente de las características estilísticas de las piezas típicas de las que se derivan los modelos actuales.

Navajas

Las hojas tenían un solo filo y se adornaban con grabados hechos a buril y a punzón o al aguafuerte, siendo frecuente la técnica mixta. Se empleaban también el calado y las incrustaciones de latón u otros metales. Era muy frecuente que se labrasen estrías pintadas en rojo. Los diseños son variados y reflejan las modas de cada época.

Todo ello se podía complementar con inscripciones, en las que suele figurar el nombre y marca del artesano, cronología y lugar de fabricación y, frecuentemente, una leyenda o lema cuya naturaleza dependía casi siempre de uno de estos casos:

— Si la navaja era de encargo, figuraba el nombre y, generalmente, el título del destinatario.

— Si la pieza no era de encargo, tenía alguna de las variadas frases tradicionales y pintorescas al uso que, muchas veces, estaban relacionadas con su utilidad como arma.

El mango, que seguía la forma curva del filo de la hoja para cubrirlo y protegerlo, tenía cachas de asta de toro, ciervo o cebú, hueso, pata de ciervo o cabra, madera, marfil o nácar. Estos materiales aparecían utilizados aisladamente o mezclados entre sí y casi siempre con elementos metálicos. Lo habitual es que fueran de cuerno con chapas de metal adornadas con grabados.

Era característico el resorte o muelle, denominado de varilla, que tenía como objeto el mantenimiento firme de la hoja por la presión que sobre ella ejercía la estrecha lámina de acero encajada entre las cachas. El modelo más común era el que tenía la hoja con talón de varios piñones que, al abrirse la pieza, iban rozando el ojo del muelle, al ir alojándose dentro de él, y produciendo esos sonidos tan característicos de las navajas albaceteñas —la carraca—. El último piñón sirve de tope y mantiene fija y enhiesta la hoja. Con objeto de facilitar la operación de cerrarla, en la segunda mitad del siglo XIX se les fue incorporando la pestaña.

Los tamaños eran muy variados, y hoy las podemos encontrar desde las que miden pocos centímetros hasta las de más de un metro abiertas. Las formas dan una rica tipología que, sin duda, ha ido ampliándose con el paso del tiempo y en la que los diseños de las hojas y de las puntas han sufrido transfor-

maciones para ir especializándose en diferentes funciones. Podemos distinguir las clases siguientes: albaceteña, bandolera, cabritera, capaora o lengua de vaca, de fieles, de anilla, de monja, estilete, jerezana, machete, pastora, punta cortada, punta de espada, sevillana y tranchete.

Tijeras

Podemos diferenciar dos grandes grupos: las tijeras de escribanía y las de oficio. Estudiaremos sólo las de más fina artesanía, que son las del primer grupo, y basaremos la descripción estilística en el trabajo de Ricardo Donoso-Cortés.

Estas tijeras tienen longitudes que varían entre 20 y 50 centímetros. Las cuchillas son estrechas, apuñaladas y algunas dobladas de hierro. Suelen estar decoradas en sus zonas externas y la decoración principal está constituida por hojarasca que se mezcla con pájaros, columnillas y capiteles y otros dibujos, entre los que son abundantes las rocallas. En la parte superior de la mesa de cada cuchilla suelen tener grabadas leyendas del mismo estilo que en las navajas. Los brazos presentan variaciones, pudiendo ser abalaustrados, curvos o rectos. Los anillos son siempre cerrados y de forma circular u oval. En el siglo XVII es característica una ligera prolongación en el lado opuesto al brazo. Este elemento fue aumentando y complicando su decoración hasta convertirse, ya en el siglo XVIII, en verdaderas «peinetas» triangulares caladas.

Romanas, cencerros y bronces

Otras labores en metal muy arraigadas en la provincia son las de la fabricación de romanas, cencerros y objetos de latón y bronce.

La sede del obrado de las romanas es Madrigueras, pueblo de la comarca de la Ribera del Júcar, uno de los centros más importantes de España (llegaron a ser 36 romaneros) hasta hace unos años. Hoy quedan solamente dos artesanos, habiendo el resto cambiado su labor por la de fabricación industrial de cuchillos, y existe el riesgo de desaparición.

La romana de Madrigueras tiene su tipo propio, ya que posee el pilón libre y va colgado. Suelen tener dos ganchos en diferente lado de forma que el brazo de la palanca varía en uno o en otro y, por lo tanto, la capacidad de medida, abriendo así las posibilidades de poder pesar muchos kilogramos o pocos gramos.

Se construyen en varios tamaños, que van desde las de cinco kilogramos hasta las de veinte arrobas. En la medida de mercancías pesadas es muy característica la estampa de dos hombres que sostienen sobre los hombros un fuerte palo del que cuelga la romana que se va a utilizar. Si la mercancía es menuda, se utiliza un plato metálico.

Hoy se siguen haciendo manualmente, pero se han introducido las novedades del empleo del motor y de la fabricación en acero inoxidable.

La elaboración de cencerros y esquilas para el ganado es una artesanía típica de Almansa, que, como la anterior, está en vías de desaparición. Aunque es probable que la fabricación sea anterior, la generalización de la artesanía parece que data del siglo XVII. A mediados del XIX, según el diccionario de Mazoz, existían seis talleres. Tras la guerra de 1936 estaban abiertos 15, que llegaron a producir unas 50.000 piezas anuales. Hoy quedan solamente dos talleres.

Su fabricación sigue en síntesis este proceso: primeramente se corta la chapa de latón a la medida deseada, dándole la forma mediante forja a fuerza de martillo; una vez colocada el asa y las pedreras, se introduce en el interior un trozo de cobre y se mete en la fragua donde se funde con la chapa y queda todo de una pieza; luego hay que templarlo y afinarlo a base de golpes de martillo alrededor de la boca y de oído, hasta conseguir el tono y timbre deseados, procurando que su sonido sea armonioso. Lo normal es que se vendan sin badajo, siendo los encargados de fabricarlos, a base de madera y hueso, los propios pastores.

En una de las zonas más agrestes de la sierra de Alcaraz, en Riópar, se encuentran las famosas fábricas de latón de San Juan de Alcaraz, dedicadas a la producción de trabajos artesanos de fundición y cincelado del bronce y a los del cobre.

Las fábricas fueron creadas por el austríaco Juan Jorge Graubner. En 1773, Carlos III aprobaba el establecimiento de la fábrica de latón, concediéndole el título de Real Fábrica. Junto a la factoría se construyó el nuevo pueblo de Fábricas de San Juan de Alcaraz, que absorbió a la antigua villa. Su mantenimiento produjo problemas financieros que no se resolvieron, por lo que el propio Consejo de Castilla tuvo que tomarla bajo su administración varios años. En su evolución hasta nuestros días ha atravesado distintas etapas: en su inicio fue empresa privada; de 1775 a 1785 pasó a empresa mixta (en 1784 eran cinco fábricas especializadas en diferentes labores) en las que el Ayuntamiento de Alcaraz era el socio capitalista y Graubner el agente; de 1785 a 1825 se convirtió en empresa pública y desde la última fecha hasta la guerra civil de 1936 se constituyó en sociedad anónima, teniendo como accionista a la reina doña María

Almansa. Taller donde se manufacturan cencerros y esquilas para el ganado. ►►





Cristina de Borbón. En esta época alcanzó gran desarrollo y prestigio, sobre todo por la fabricación de orfebrería y grifería. Tras la guerra, comenzó una nueva fase, que culminó en 1984 con la creación de una sociedad anónima laboral que continúa en la actualidad.

Es una empresa con gran producción, gran parte de ella artesana con técnicas antiguas, que a lo largo de su historia ha recibido numerosos premios y distinciones honoríficas en las exposiciones nacionales e internacionales en las que se han presentado sus productos. Las fuentes de energía son propias, con cinco pequeñas centrales eléctricas alimentadas con un mismo nacimiento y con tres embalses que almacenan el agua que mueve las turbinas.

Destacaba en los trabajos en bronce de orfebrería religiosa; ahora lo hace en los de orfebrería artística en general (fundida y cincelada a mano). La producción más significativa es la grifería (son especialmente conocidos los que se hacen para zafras de aceite, los denominados «grifos de San Juan») y los trabajos en cobre y latón fabricados con la técnica del repulsado. Entre estos últimos destacan las chocolateras, los característicos jarros de San Juan y los modelos más antiguos en la fabricación: braseros y calentadores (los primeros se hicieron en 1774).

Una de las más espectaculares piezas es el ánfora árabe, profusamente decorada, que se fabrica desde principios de este siglo. Se obra con la técnica del modelado, que también se utiliza en la elaboración del magnífico reloj, se produce desde 1890 y en la de la escultura de caballo, que ya se hacía en 1850. Los modelos que se realizan son creaciones originales de modelistas riopenses.

Cuerveras y tinajas

La alfarería es otra actividad artesana importante de la provincia. Todos los talleres poseen características semejantes y se encuentran en Chinchilla, Albacete, La Roda, Villarrobledo y Tobarra.

Chinchilla es el centro alfarero más antiguo e importante de la provincia. Tiene lejanos orígenes y ya debió de alcanzar cierto desarrollo con la romanización. Su mayor impulso lo recibió con la dominación musulmana, cultura que le proporcionó los elementos que han caracterizado su producción hasta nuestros días. Tras la concesión del Fuero por Alfonso X en 1269, esta artesanía y su reglamentación se fueron ampliando y desarrollando, al compás del crecimiento de la ciudad, a través de sus ordenanzas y disposiciones posteriores, que fueron abundantes y completas a partir del segundo tercio del siglo xv, época en la que la actividad del barro debió de recibir un fuerte impulso a causa del auge que tuvo por entonces el empleo de recipientes de esta clase. Todo este cuerpo legislativo, completado con el que se elaboró en la primera mitad del siglo xvi, sirvió de soporte jurídico-legal a esta artesanía hasta finales del siglo xviii, en que queda reducido exclusivamente a precios de la producción y a salarios de los menestrales para, finalmente, ir desapareciendo a lo largo de la primera mitad del siglo xix conforme la ideología liberal va consolidándose. La actividad se mantuvo pujante hasta 1936; luego fueron reduciéndose paulatinamente los talleres hasta quedar en los dos que actualmente están abiertos.

Durante estos siglos, el procedimiento técnico de elaboración apenas cambió y su aprendizaje fue pasando de padres a hijos. Sin embargo, desde hace diez o doce años ha sufrido transformaciones importantes, entre las que destacan el uso del horno eléctrico y la no utilización del barniz con sulfuro de plomo.

Una nota distintiva de estos alfares es su emplazamiento en cuevas excavadas en la ladera de la peña sobre la que se asienta su población y situadas entre el monasterio de San Juan (Santo Domingo) y la ermita de San Antón.

Intimamente relacionados con este alfar están los de La Roda, Albacete capital y el hace pocos años cerrado de Peñas de San Pedro, ya que todos los artesanos de estos lugares son naturales de Chinchilla y formados en su tradición. También pueden relacionarse con ellos por su estilo y técnica, aunque con ciertas variaciones tipológicas, el actual de Tobarra (muy semejante a éste era el desaparecido de Hellín) y los ya perdidos de Pozuelo, Carcelén, Higuera y varios más.

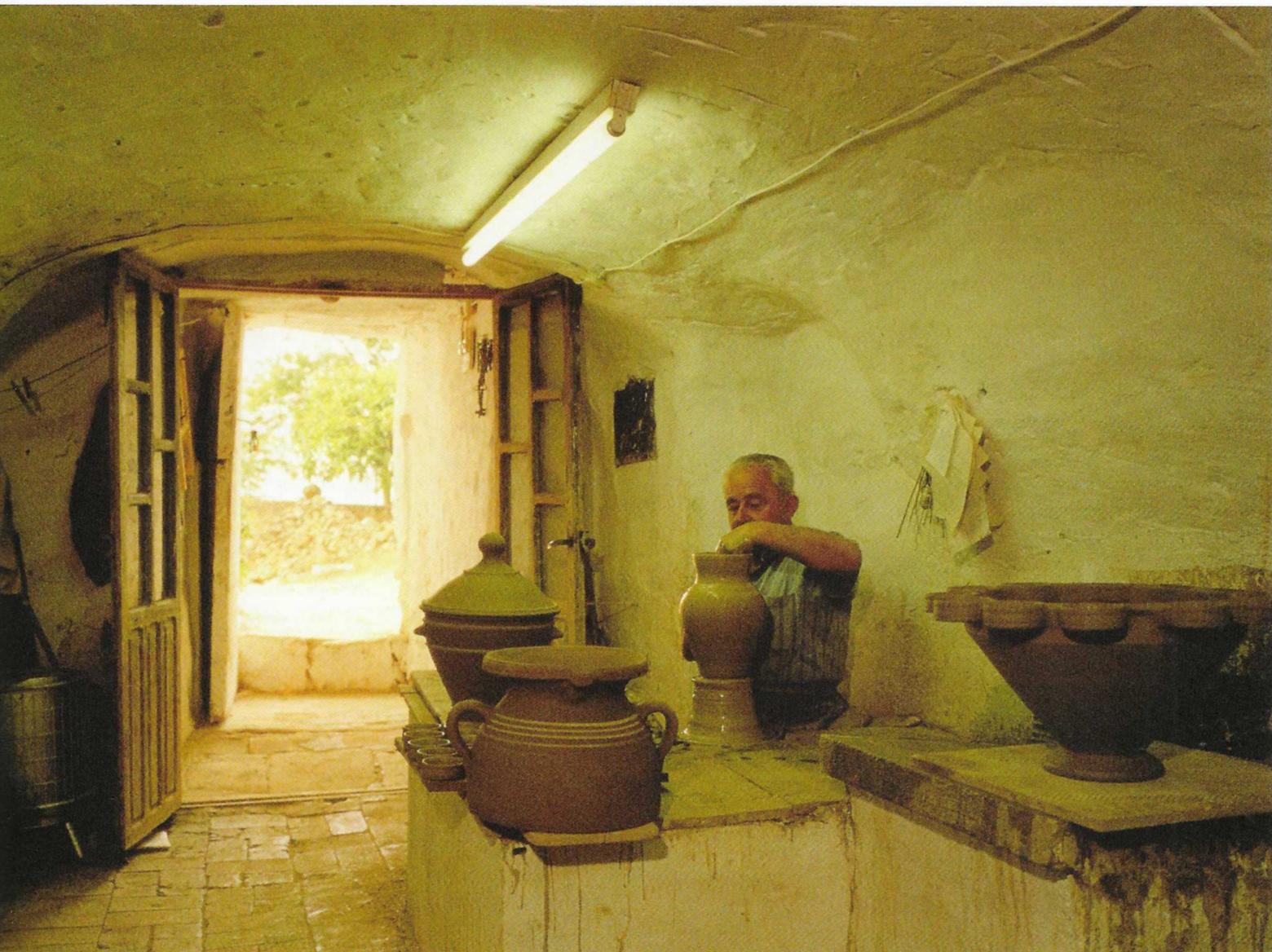
Esta alfarería tradicional se ha caracterizado por:

— La íntima relación de las labores alfareras con la vida agraria y ganadera, base de la economía de la zona y el carácter eminentemente utilitario y barato de su producción.

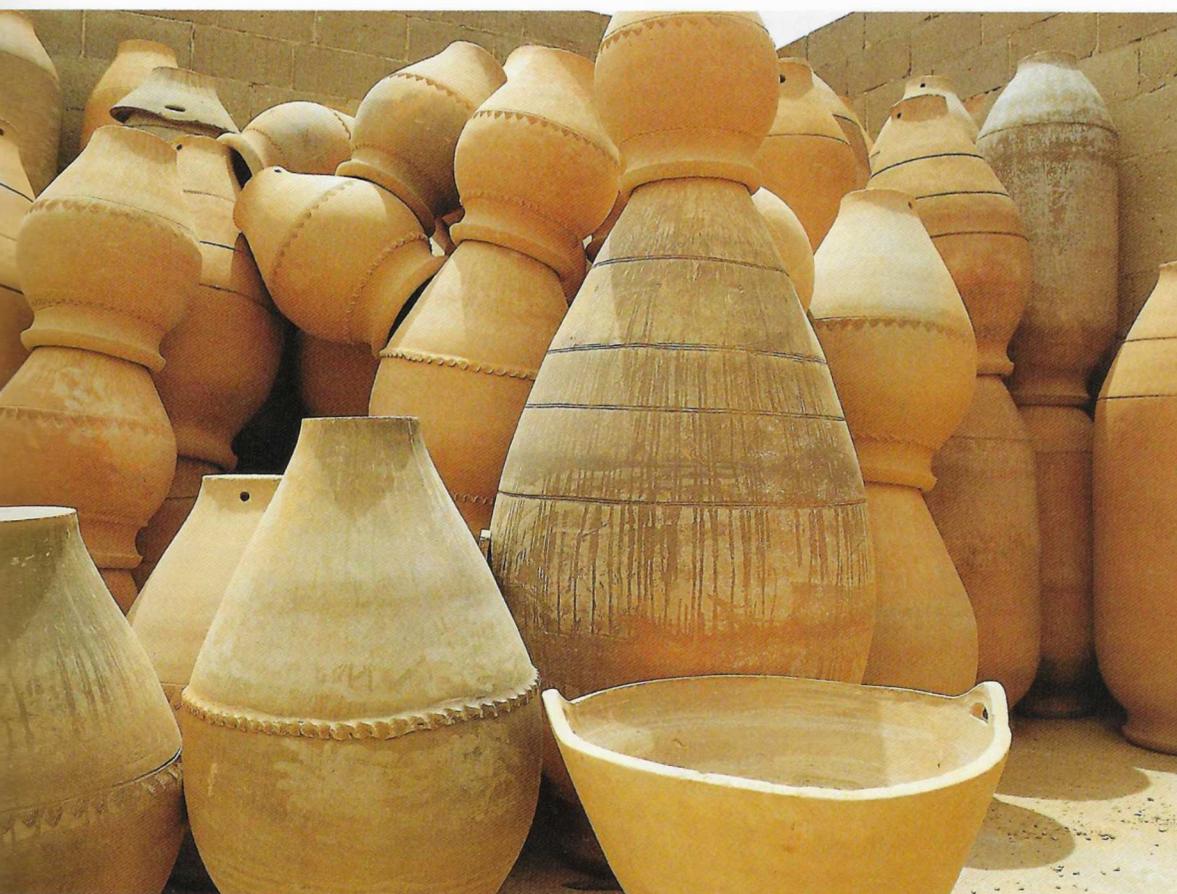
— La técnica de pasta coloreada y blanca de pared porosa que se polarizaba entre la que no se vidriaba (de agua y obra parda) y la vidriada con barniz plumbífero (de fuego, conservación de alimentos, etcétera); toda ella maniobrada a torno y con una sola cochura en hornos árabes de dos cámaras.

— La decoración, en general, o no existía o era simple y sobria, consistente, fundamentalmente, en incisiones, excisiones, engobes y aplicaciones de pocos colores, uno o dos. Las coloraciones tradicionales del barnizado han sido melado y verde y, para la decoración, también el amarillo. Las formas, sencillas y desnudas, con un buen diseño y bellas, especialmente las de las vidriadas y algunas de las de agua, como los cántaros.

Entre la gran variedad de piezas elaboradas destacan dos: la cuervera y el mortero para el «atasca-burras».



Chinchilla. Alfarero trabajando en su cueva-taller. En primer término, la característica cuervera. ▲



Villarrobledo. Se siguen fabricando sus famosas tinajas, aunque ahora solamente de pequeño tamaño. ◀

La cuervera es actualmente la pieza más popular y conocida de estos alfares. Ha trascendido de la zona y se ha convertido en la más representativa de la provincia e, incluso, se ha extendido a una buena parte de La Mancha.

Es una pieza abierta, troncocónica, ancha de boca y de base estrecha. Está provista en el borde de un número par de pequeñas plataformas, los puestos o vaseras, en las que se apoyan los pucheretes en los que se bebe la cuerva, una bebida tradicional de esta tierra que se prepara en este recipiente. Suelen estar bastante decoradas y son frecuentes las leyendas alusivas al dueño, nombre de la localidad, etcétera, y dedicatorias, en amarillo, blanco o verde.

Los alfares de Villarrobledo también tienen gran tradición y en ellos se labra obra de basto y vidriada. La cacharrería responde a una estilística y tipología semejantes a las de los mencionados anteriormente y, como en ellos, muy relacionada con la manchega en general.

La obra de barro que ha dado fama a Villarrobledo ha sido la tinaja. Tierra de abundante y buen vino, ha necesitado recipientes para elaborar y guardar sus caldos, pero estos grandes depósitos eran tan celebrados que tinajas villarrobletanas han guardado los vinos de casi toda España. Desde hace unos años las bodegas prefieren las de cemento y las metálicas, con lo que la producción tinajera ha decaído vertiginosamente. Hoy, como señala Fuster Ruiz, se ha perdido otra imagen típica de la artesanía de estas tierras, la de los trenes que circulaban por la llanura llevando en vagones descubiertos las enormes tinajas de Villarrobledo. Actualmente queda un tinajero que solamente las fabrica de pequeño tamaño.

Estos recipientes tienen forma de ánfora y se han fabricado de muchos tamaños, llegándose al de 800 arrobas, aunque las más corrientes eran las de 300 y 500.

Alfombras y refajos

A lo largo de los tiempos en las tierras de la hoy provincia han existido un gran número de talleres textiles, tanto gremiales como domésticos, que utilizaban una de las riquezas características: la lana de sus ovejas. Esta actividad se mantiene como artesana en unas pocas localidades en las que aún se trabaja con telares manuales. Son Casas de Lázaro, El Bonillo y Munera, fundamentalmente.

Un producto destacó sobremanera en la historia de la manufactura textil de la provincia: las alfombras de nudo.

Los primeros centros partieron directamente de lo musulmán y, aunque al principio estuvieron influidos por modelos orientales, pronto fueron capaces de producir obras originales. Después de la conquista de los territorios por las armas cristianas la actividad alfombrera fue continuada por los mudéjares y, tras su cristianización forzosa, por los moriscos, aunque ya entonces con una casi total participación cristiana en la elaboración que quedaría absoluta una vez consumada la expulsión.

Son escasas las noticias del siglo xv y más numerosas las de los siglos xvi y xvii. De ellas se puede deducir que los centros principales fueron Chinchilla, Letur, Liétor, Férez, Hellín y, sobre todo, Alcaraz, cuyas alfombras, sin lugar a dudas, alcanzaron el mayor renombre en Castilla durante las mencionadas centurias y que el Concejo de la Ciudad protegió y utilizó habitualmente como presente para agradecer, propiciar o compensar el favor de cuantas personas pudieran influir positivamente en sus intereses municipales. Entre sus acaudalados clientes sobresalían los reyes, siendo prueba de su aprecio el que aceptarían alfombras como pago de los tributos que Alcaraz debía satisfacerles.

La debilitación y decadencia de los talleres no fueron simultáneas. Los primeros que debieron de perder esta artesanía fueron Chinchilla y Hellín, probablemente a finales del siglo xvi, llegando a la segunda mitad del siglo xvii los de la Encomienda de Socovos y Alcaraz. Con la crisis de la decimoséptima centuria se paralizó totalmente la actividad, que sólo se reanudó con importancia, a partir de los primeros años del siglo xviii, en Liétor. Posteriormente apareció la manufactura en Yeste y, a finales del mencionado siglo, en Villamalea. No obstante, el prestigio de las épocas anteriores no se volvió a alcanzar, debido al descenso de la calidad de sus tejidos y a la dura competencia de los pujantes centros de Cuenca, Valencia y Madrid. Hoy, las alfombras fabricadas en tierras albaceteñas son buscadas y cotizadas por los mejores museos del mundo que son o tienen secciones textiles.

Hay que señalar recientes y fugaces intentos provinciales de revivir la industria artesana de las alfombras. Los más destacados fueron los de Alcaraz, durante los años sesenta de nuestro siglo (se extinguió a la vez que el incendio que destruyó la fábrica), y el de Lezuza, que ha desaparecido hace pocos años ante la escasez de encargos que recibía.

En Casas de Lázaro están en funcionamiento varios telares manuales de bajo lizo, que tienen una producción muy limitada y por encargo. Según Carmina Useros, los tejidos que actualmente se fabrican son: «lisos» de uno o varios colores, están confeccionados a listas de diferentes anchos, repitiendo los motivos y colores; «labrados», tienen multitud de dibujos en sus franjas y grecas; «gorullo» es un tejido de gran espesor utilizado en colchas y alfombras; y «hoja de rosa», con el que se confeccionan generalmente colchas. Más populares son los tejidos para los refajos del traje femenino regional manchego. Los de «rueda», que son los específicos albaceteños, tienen muchos colores con rayas lisas y labrados en sentido horizontal y plisados en menudos pliegues.

Casas de Lázaro. Tejidos realizados en telares manuales. Abajo derecha, el más típico albaceteño, el «de rueda». ►



La tradición textil de El Bonillo es muy grande, aunque ahora sólo queda una tejedora que hace tejido «labrado y liso» para delantales, juegos para banca o tarima, «portiel» (cortina que se coloca en el arco del portal) y refajos.

En Munera quedan dos artesanos que elaboran tejidos semejantes a los anteriores, aunque con lanas acrílicas. Los refajos que tejen llevan unas grecas bordadas de colores y los flecos tienen un enrejado de gran laboriosidad y preciosos dibujos.

Labores en esparto

La provincia está situada dentro del dominio floral mediterráneo, en sus diversos grados, y por sus favorables condiciones ecológicas es enorme el área en la que ha crecido el esparto, que ha llegado a cubrir una extensión de casi 200.000 hectáreas (1951) y a producir más de 335.000 quintales métricos (1948). Albacete es una de las cuatro provincias que forman la zona espartera más importante de España.

En la provincia existen dos focos importantes de la producción de esparto. Uno está al norte del río Júcar, esos pueblos aprovechan la ribera para hacer el «cocido». El otro se localiza en las cuencas de los ríos Mundo y Segura. Además, y entre ellas, hay localidades que también alcanzan importancia. De todos, el sector más relevante es el Campo de Hellín. En 1948 solamente el municipio de Hellín obtenía el 40 por 100 del espartizal provincial, siendo también el de mayor producción.

Según Sánchez Sánchez, la explotación del esparto ha tenido dos períodos de esplendor en los dos últimos siglos. El segundo ocurrió en los años cuarenta del actual ante la imposibilidad de importar fibras foráneas y tener que reemplazar al yute. En 1947, la población activa ocupada en esta manufactura llegó a 4.500 personas, de las que el 75 por 100 eran mujeres. La depreciación de la fibra, al emplearse otras acrílicas y los materiales plásticos, y la subida de los salarios de recogida han motivado su gran decadencia actual. En 1970 únicamente ocupaba 12.600 hectáreas, con una producción de unos 46.000 quintales. Cada vez se ven menos hombres y mujeres que sentados al aire libre en las puertas de las casas, formando pequeños corros, confeccionan la infinidad de piezas para los más diversos usos que permite esta fibra vegetal.

No obstante, aún está extendida esta artesanía, tanto en el esparto crudo como en el machacado. Se utiliza para revestimientos de paredes, esteras, posetes (El Bonillo), asientos, valeos, cestos para la recogida del azafrán y grandes cestos —cuévanos— para la vendimia (Jorquera).

De confección más fina se realizan bolsos, paneras, escriños, adornos y una larga lista de otros objetos. Se forran garrafones y botellas en distintas localidades, especialmente en El Robledo.

En la provincia quedan verdaderos artistas del esparto en Fuentealbilla, Villamalea, Chinchilla, Yeste, Socovos, Férez, etc., y muy especialmente en Isso (Hellín), donde el artesano Atilano Cano hace originales y bellas miniaturas y filigranas para colgar como adornos, siendo muy característicos los pendientes, las pulseras y las cadenas de reloj de bolsillo. También realiza figuras humanas, animales y belenes.

Aún se siguen haciendo de pleita de esparto dos utensilios de uso común en nuestra tierra como son las esteras para las prensas de las almazaras y las cinchas para hacer queso manchego.

Tambores, trabucos y botas para vino

En Hellín y Tobarra no solamente se celebran en Semana Santa sus intensas tamboradas, sino que, también, la artesanía del tambor adquiere gran relevancia. Es tradición que los tambores —en todas sus piezas— sean confeccionados por el propio tamborilero o por artesanos locales, intentando todos ellos imprimir a cada uno un sello personal que diferencie las piezas. En Hellín se puede considerar que casi el 40 por 100 de los tamborileros llevan tambores hechos por ellos mismos. En general, son magníficos tambores, pero algunos son excepcionales y pueden considerarse piezas de museo. Difieren en varias cosas con los habituales, pero, fundamentalmente, lo hacen en el tornillaje, que se convierte en una coraza completa con un calado de filigrana en el que se representan los pasos de las cofradías hellineras y tobarreñas, respectivamente. Algunos de ellos les han costado 2.000 horas de trabajo a sus propietarios.

Otra artesanía directamente relacionada con el folklore festivo se desarrolla en Caudete. Allí, como vimos, las fiestas más identificadoras son las de moros y cristianos, y la confección de arcabuces,

Hellín. Tejiendo esparto a la puerta de su casa. ►



trabucos y todo lo relacionado con este tipo de fiestas, no sólo locales sino de toda la región levantina, adquiere notoriedad. Los arcabuces y trabucos para las comparsas son, por lo general, piezas únicas, ya que así lo solicitan la mayoría de los clientes. Los diseños de los adornos y las llaves son siempre elementos distintos. Las culatas, igualmente, con sus tallas y grabados de plata, contribuyen decisivamente en la singularidad de la pieza. Además se les graba el nombre de sus propietarios.

Un origen muy diferente tiene la fabricación de botas de vino, con la que cerramos esta rápida visión de la artesanía albaceteña. Fue comenzada en Chinchilla en los primeros años del siglo pasado. Procedentes de allí se establecieron boteros en Albacete, dando lugar a una manufactura muy característica. La bota de vino clásica es de piel, sin dibujos e impregnada de pez, para que sea impermeable. Se hacen de diversos tamaños, desde uno a cinco litros, en formas alargadas y redondeadas. Antiguamente, la boca se hacía de asta de toro o de madera, lisa o torneada, pero en la actualidad se hacen de plástico y, por ello, han perdido valor y belleza. Las destinadas a objeto de regalo típico de la tierra o a «souvenir» de otros lugares —a los que se les fabrican— están pintadas con motivos tópicos y leyendas alusivas a la localidad.



Hellín. El tambor, sin dejar de ser instrumento, se convierte en obra de arte.